



## ACTUALIDAD Y PERTINENCIA DEL HUMANISMO

M. Teresa Labarías Albacar<sup>1</sup>

### RESUMEN:

*Quisiera, en esta oportunidad, compartir algunas reflexiones en torno al "ser profesor" y a la "enseñanza de las Humanidades".*

### ABSTRACT:

*CURRENT SITUATION AND PERTINENCE OF HUMANISM*

*On this occasion, I would like to share my thoughts about the fact of "being a teacher" and about "the teaching of the Humanities".*

### INTRODUCCIÓN

Sabido es que la Cultura Occidental le ha entregado a los profesores responsabilidades trascendentales a lo largo de su historia. Con la fundación de las primeras universidades y el afianzamiento del poder político central (siglo XIII) aparece un nuevo estamento social: *el intelectual*. Ese nuevo componente de la estructura social feudal es *el maestro*, es el profesor, es quien abre un espacio cultural urbano inscrito en la larga duración.

Por su parte, el Renacimiento llama *Humanistas* a aquellos que leen, estudian, interpretan y *enseñan* la tradición greco-romana inscrita en los textos. Son los eruditos reunidos en torno a Erasmo de Rotterdam que creían que la cultura sería capaz de perfeccionar a los hombres. Sus esperanzas se centraban en la difusión del estudio de las letras y de las ciencias como medio para desarrollar las facultades morales del individuo y, por ende, de los pueblos. Estas obligaciones y compromisos que la Cultura Occidental nos ha confiado, en tanto *pedagogos*, han de guiar nuestra reflexión sobre el arte de enseñar, sobre el conjunto de los saberes y sobre la sociedad.

### ACTUALIDAD DEL CONCEPTO

El concepto de Humanismo es actualmente uno de los más indeterminados y contradictorios. No tiene buena prensa ni resulta atractivo como concepto esencial. Sin embargo, nunca antes se había hablado tan profusamente del Humanismo con el rostro de lugares comunes y estereotipos puramente verbales divulgados por los medios de comunicación. Si el vocablo es hoy día frecuentemente depreciado, e incluso considerado "*démodé*", es porque su significado se refiere a todo pensamiento que afirme la centralidad y la dignidad del ser humano y muestre preocupación por la vida y la posición del hombre en el mundo. Tanta vaguedad trae como consecuencia confusión y malos entendidos. Mucho se habla de derechos humanos avasallados sistemáticamente; de la relación del hombre con su medio natural en medio de tremendos problemas ecológicos y, a pesar de esas evidentes realidades, se construye una visión generosa e indulgente del hombre.

Ahora bien, si hacemos un esfuerzo de reflexión y volvemos a las fuentes, constataremos que esa representación complaciente del hombre se sitúa en las antípodas de la imagen

<sup>1</sup> Labarías Albacar, María Teresa, Departamento de Francés, UMCE, Santiago, Chile.

realista y descarnada que los Humanistas tenían de sus contemporáneos. Conocían la naturaleza humana, sus inclinaciones a imponerse por la fuerza, su ardor belicoso y su intolerancia. Su desafío fue lograr, con idealismo, exigencia y rigor, que los contrastes no fuesen vistos como antagonismos sino como esperanza de unidad superior.

El Renacimiento es ante todo el renacimiento de la inquietud y esta sólo surge cuando descubrimos que el mundo está lleno de interrogantes. En ese sentido, nos emparentamos con el mundo renacentista. Como en el siglo XVI las preguntas sin respuesta se acumulan y muchas respuestas han dejado de ser satisfactorias.

Esta comparación no debe entenderse como una invitación a la recreación cultural del pasado o como un compromiso miope con tiempos pretéritos. Muy por el contrario. Nosotros, *los profesores*, como humanistas que somos, tenemos la responsabilidad de devolverle al concepto su energía original, dotándolo del sentido que nos permita encontrar las respuestas vivas para nuestros desvelos. Debemos enriquecerlo con sus prolongaciones de ciencia y sus dimensiones ocupacionales.

Debemos vencer las arbitrarias limitaciones de las fragmentaciones que aíslan "*lo literario del homo loquax, de lo científico del homo sapiens, de lo técnico del homo faber, porque el hombre es una sola unidad cuando habla, piensa o actúa*" como decía don Roberto Munizaga en sus clases de Filosofía de la Educación.

Si, por otro lado, asumimos el concepto como un compromiso que le dará sentido a nuestros actos, dos son las dimensiones que el Humanismo renacentista sitúa en el corazón mismo de la modernidad: *la libertad y la universalidad*.

La libertad en cuanto a principio de autonomía que permite acceder al CONOCIMIENTO con sentido y que organiza humanamente las sociedades. Ahora bien, respecto al conocimiento, se viene produciendo desde el siglo XIX un lento e inexorable movimiento que transforma el SABER en informaciones almacenadas para un aprovechamiento posterior, como las bases de datos o los aportes micro de las especialidades. El resultado de ese proceso es una producción de conocimiento fragmentaria cuya unidad se realiza fuera del ser humano como individualidad. Esta circunstancia tiene graves implicancias para el desarrollo personal. Cada uno de nosotros sólo puede aspirar a alcanzar una gota del saber a la que apenas encuentra sentido, pues le falta la distancia para percibir la forma total resultante.

Este modelo proveniente de las ciencias duras ha sido incorporado al ámbito de nuestras competencias, provocando la crisis de las Humanidades que, por esencia, buscan un saber que se encarna en el hombre y que no tiene sentido fuera de él. Montaigne decía: "*No se trata de formar tan sólo al hombre de oficio, sino procurar que el individuo cumpla con su esencial oficio de hombre.*" Nuestra tarea no es sólo habilitar al profesional idóneo –al especialista bárbaro como decía R. Munizaga– sino formar al hombre "*culto*". El proyecto humanista de hombre "*culto*" pierde su norte desde el momento en que renuncia a la integridad de la formación y a la totalidad como objetivo por alcanzar. Tarea ésta difícil si la hay en una sociedad que privilegia la respuesta a corto plazo, que deslumbra con la seducción de lo inmediato, que complace colectivamente y que habla "*del ascenso incomparable de la ciencia*" frente a "*la decadencia de las humanidades*". El Humanismo no puede prescindir del individuo porque su fin es siempre la persona. El Humanismo se resiente de esta fragmentación del conocimiento por cuanto las unidades del saber provenientes de un afuera (Dios, la

Naturaleza), o construidas desde la ciencia, no dan espacio para el debate, anulan la diversidad e imposibilitan, por consiguiente, el ejercicio de la libertad que es adhesión a un principio por propia voluntad. La libertad humana está condicionada por un horizonte de sentido; interpretar o dar sentido es nuestra decisión. Esa es la libertad concreta, aquella que se define en la intimidad de la conciencia individual; aquella que permite alcanzar la autonomía para darse y respetar los propios principios por acto soberano; aquella que nos habilita, por conciencia ciudadana, para participar plena y conscientemente en la vida de una sociedad. Tal comportamiento no admite dejarse llevar cómodamente por el conjunto, por el gusto de la mayoría. Exige, por el contrario, ser un hombre con templanza, convicción y valentía porque "*saber liberarse no es nada; lo difícil es ser libre*" (André Gide). La autonomía implica formarse su propio convencimiento a partir de la personal interpretación de los múltiples estímulos que se nos ofrecen. Para poder ser libre hay que tomar decisiones.

El hecho de vigorizar la personalidad no implica, sin embargo, proclamar un individualismo narcisista. La verdadera autonomía presupone la comunidad y el servicio a lo que trasciende. La universalidad como principio es aquella virtud que, como dice Montesquieu, nos hace preferir aquello que favorece al ser humano. Sin duda, la Justicia, la Tolerancia y el respeto a la Dignidad humana forman parte de esa aspiración.

Es, pues, esperanza y tarea de una Educación humanista plantearse como camino posible para superar la instrumentalización de los seres humanos, su sometimiento a los imperativos económicos de una sociedad de consumo y su relativismo cultural.

Para que el hombre pueda tomar conciencia de su identidad única y participar plenamente de la vida en común, la educación debe entregarle un fondo de cultura esencial sin la cual no podrá practicar "*esa virtud general que conlleva el amor de todos*" (Montesquieu).

A manera de conclusión, citaré este hermoso pensamiento de Stefan Zweig que dice, refiriéndose a Erasmo de Rotterdam: "*...lo que constituye la cumbre del pensamiento de Erasmo es el hecho de haber abierto el camino a la idea humanitaria, a esa idea muy simple y al mismo tiempo eterna que le exige a la Humanidad ser cada vez más humana, cada vez más espiritual y siempre más comprensiva*".

Sueño e ideal desmentido por los hechos de la historia, no cabe duda. Sin embargo, sólo las aspiraciones que desbordan los cuadros temporales y parecen irrealizables le dan al Hombre la medida verdadera de su grandeza.

---

## BIBLIOGRAFÍA

- Bullock, Alan** (1889): *La tradición humanista en Occidente*. Madrid, Alianza.
- Gide, André** (1925): *Les caves du Vatican*. Paris, Gallimard.
- Montaigne, Michel** (de) (s/f): *Les essais*. Paris, Larousse.
- Montesquieu** (barón de) (s/f): *L'esprit des lois*. Paris, Larousse.
- Munizaga, Robert** (1982): "En torno a la educación, el humanismo y las humanidades" en *Revista Chilena de Humanidades* N° 1. Universidad de Chile.
- Zweig, Stefan** (1951): *Erasmus, grandeur et décadence d'une idée*. Paris, Grasset.